

Burro viejo y luna nueva.

XV

Una radiante mañana de la primavera de 1882, me dirigí al turf de Coney Island, invitado por uno de los miembros del Jockey Club, de Nueva York. Los médicos me habían prescrito mucho ejercicio al aire libre, alimentación nutritiva y abstinencia completa de labores intelectuales. Se me había impuesto ese régimen debido a la sensible prostración cerebral que me aquejaba, la que revestía tal gravedad que mis ideas concurrían a ser vagas e indecisas como estrellas de invierno en esos cielos del Norte. Una idea, sobre todas, se había incrustado en mi cerebro como el coral a la roca marina: la traición de unos cuantos

mexicanos y la indiferencia de la mayor parte. - "¿Habrá una manifestación popular para llamar a la Patria? ¿Se habrán convenido de que después de pelear tantos años por la libertad sólo han recorrido un círculo vicioso, viniendo a caer de rodillas ante el sable? En vano quería espantar esa idea que me perseguía como aguijón de mosca en ulcera abierta - imposible! Y las horas pasaban con los días, y los días con los meses, y los meses con los años, y allí en México, ni una revuelta que acuse virilidad, nada, ruido de botellas, de dinero y de fusiles, armonías de taberna, de garita y de cuartel!

- ¿Pero qué me importa todo eso? Veamos el turf. Ah! ese caballo se llama Kingston y aquel otro de color anaranjado es Prince Royal! Los corceles parten con la velocidad del huracán; de repente, uno de los jockeys a media carrera cae a

tierra precisamente frente a mí..... Hombre,
lo maté!..... y medio muerto se quedó
inmóvil; yo me acerqué: el jockey movía
los dedos y murmurando entre dientes my
whip! Ah! fide el látigo..... Oh! poder
de la idea fija!
y torné a pensar en México.....

Al día siguiente, al leer el
Herald, me encontré con el delicioso párrafo
que a continuación traduzco y que
he conservado como un modelo del
reporterismo en los Estados Unidos:

"Un reporter del Herald ha sido
el primero en entrevistarse a Mr. y Mrs.
Porfirio Díaz, lo mismo que al suegro
(father-in-law) y otros distinguidos mexi-
canos que se hospedaban en el Hotel B. El
General es un hombre de color bronceado,
ojos duros y bigote áspero; su estatura
es elevada, y sus maneras son las

de un soldado. Es hombre de edad madura,
aunque representa apenas de cincuenta a
sesenta años. No habla más idioma que el
español y tuvimos que entenderlo con él
por medio de un intérprete. Mrs. Díaz
es una joven blanca y delicada, tan joven
que parece ser hija del que es su
suegro. A este particular nos refiere el
intérprete la siguiente anécdota: entre
Chicago y Nueva York, entró al mismo
carro, ocupado por los ilustres viajeros
mexicanos, un joven millonario de Chicago,
cuya familia ha acumulado mi-
llones de gallardo, pesos. Impresionado
a la vista de la bella flor de los
trópicos, y juzgándola hija y no es-
posa del Gral. Díaz, Mr. Bacon (así
se llama el joven) se enardeció al ex-
tremo de seguir a los honorables ex-
tranjeros hasta el Hotel, con la esperanza
de adquirir allí el nombre de la hija
incógnita. Y cual no sería el des-

encanto del Hamlet chicaguense, sabedor de que la dama perseguida no era Miss sino Mrs. Díaz? Es decir, no una señorita sino una Señora?"

Salte' de la ~~sábana~~ cama echando al aire las sábanas: me impresionó más esta noticia que la recibida después del triunfo de Ficoac. Porque esta sólo amenazó mi vida, mientras que aquella amenazaba mi dignidad, que yo estimaba más que la vida. Digo dignidad, porque los notables Hueispedes trataban indudablemente de visitarme, cosa más difícil de evitar que los pronunciamientos de autano del caudillo. Si los recibía, tendría que estrechar la mano de un enemigo desleal y la de un amigo mucho más desleal y peligroso que el enemigo mismo. Situación nada agradable para un temperamento nervioso como el mío.

Ahora, dado el portentoso cinismo del suegro y del yerno, al ofrecerse una posición oficial por conducto del Sr. Stamerew, era de temerse que tuviera la audacia de hacer irrupción en mi domicilio, y al tenerlos dentro, claro es que no podría arrojarlos con la escoba sin violar las leyes de la hospitalidad, que me son sagradas, y las de la decencia, que me son geniales.

Ante bellum puse mis habitaciones en riguroso estado de sitio, ordenando a Espinosa que no dejara acercarse a ningún sospechoso, declarando sospechosos también a los Srs. Navarro y Alvarado, que podían fácilmente ser cohechados para quejas a los Srs. Díaz y Romero y Rubio dentro de mi fortaleza.

El Casalt no se hizo esperar. Ese mismo día, á las seis de la tarde,

recibí por el teléfono interior el siguiente parte:

— Señor Lerdo!

— Aquí estoy!

— El enemigo avanza sobre la derecha, mírelo V. con precaución!

— Entrado. Vuelva V. a su puesto de guardia.

— Este Espinosa vale oro en cuargo!

Me acerqué con pasos de gato a la ventana de la derecha, levantando la cortinilla muy suavemente. Por la acera de la izquierda venían tres personajes de la más extrema catadura: en su contorno de pugilista y mal llevada levita, reconocí al más alto don Porfirio Díaz. Seguía una persona recordada que menudeaba el paso: Romero Rubio. Y cerraba la marcha una personilla negra vestida de verde - algún general oaxaqueño. La columna de asalto miró por un instante la fachada de

mi casa, aproximándose después resuelta a embestirla.....

Retiréme de la ventana, y acerqué mi oído a la puerta del fondo: se oía vago rumor de voces y de pasos amortiguados en la alfombra. Pasaron cinco minutos y la campanilla del teléfono comenzó nuevamente a repicar:

— ¿Es Ud, Espinosa?

— Sí, señor, el mismo. El enemigo se aleja por la izquierda, pero no desmoralizado.

— Entrado: Subat. a rendir el parte.

Subió. Este Niginio ha permanecido a mi lado durante todo el tiempo de mi destierro. No olvidaré su obsequación a la hora de escribir mi testamento. Es joven, pero su calvicie es tan grande, que visto por detrás parece estar de frente, y no se sabe la punto fijo si la nuca es la cara ó la cara es la nuca. No parece sino

que por cada idea que brota de mi cerebro, se le muere a él un cabello . . .
¡Terrible!

Entregué dos tarjetas, la del Gral. Díaz y la de Román Rubio: prometían volver al día siguiente y suplicaban ser admitidos.

Según la breve conversación que tuvieron con Higinio, traían el salto y señal de mis habitaciones interiores y exteriores, las horas en que me recogía y alimentaba, y las en que salía a hacer mi ejercicio cuando el buen tiempo así lo convidaba a hacer.

No les faltaba más que un croquis de (Henox House) para cortar la retirada . . .

Se presentaron al siguiente día trayendo en rehenes al Sr. Navarro: es claro que sospechaban de mi resistencia a admitirlos y quisieron abrirse paso hasta mí por medio

de un ruse de guerre. Afortunadamente para mí (y desgraciadamente para ellos, mi puerta como mi mano, quedará cerrada ahora y siempre para gentes semejantes! Volvieron una vez más y una vez más por todas, fueron inexorablemente rechazados!

No descalzándose hallarán sus inmundos pies el tabernáculo de mi hogar. Nunca! Nunca!

x x
¿Cuáles eran los móviles de esa intentona de reconciliación? Fauto para el suegro como para el yerno, he sido yo algo más que un enemigo que cae, un remordimiento que se levanta

No remordimiento de esos que afectan la conciencia (que ellos no la tienen) individual, sino más bien la colectiva: mientras yo permaneciera

en el ostracismo, mi actitud se definiría en México como una protesta a todos los actos del Gobierno. Una reconciliación, implicaba lógicamente una sanción: sanción del poder usurpado y de todos los actos de su procedencia. En el espíritu público, un acto de esa magnitud hubiera acallado muchas murmuraciones y destruido en germen una revolución que hoy fermenta en el alma nacional.

Se comete un fusilamiento en masa v.g. como el de Veracruz: oíd cómo ese espíritu público se expresa:

"Don Sebastián no habría perpetrado semejante atrocidad."

Se hipoteca la patria con onerosos empréstitos en el extranjero:

"Don Sebastián jamás lo hizo, es un buen mexicano."

Se amordaza a la prensa, se le humilla y se le envilece:

"Don Sebastián, verdadero liberal, jamás sonó en un tan odioso despotismo."

El pueblo emite un reproche y le da fuerza con una similitud personal: esa personalidad - que es la mía - va asociada con una serie de hechos paralelos.

¿Cómo debilitar esa oposición que tiene, por decirlo así, una eutimación?

Suprimiéndome a mí, eso es evidente; pero no suprimiéndome como hombre sino como un símbolo del derecho. Para llegar a esta última solución, no habría más medio que el de una transacción: una vez hechas las paces se me suplicaría volver a México, como ya se me había brindado con un puesto diplomático. Mi retorno al país se habría interpretado como un reconocimiento tácito del actual orden de cosas, disminuyendo, si es que

no extinguiéndose del todo, la pasiva hostilidad y repulsión que inspiran al pueblo los nombres de Bias y de Romero Rubio. Porque los mexicanos somos como los granos de pólvora: solos, nada valemos; pero juntos, hacemos explosión.....
Y luego, así el Negro como el Yegre, o sea Herodes y Pilatos al llamar a mi puerta con fenomenal cinismo y sin antes proveerse de una máscara de bronce, lo hacían impulsados por un refinado egoísmo y una dolosa ambición. Yo les abandono al desprecio ~~universal~~ nacional.

Y no sé en verdad cuál de los dos será el más despreciable, si el que vendió a la hija o el que la compró.....
Ocho mortales días duró el estado de sitio; al noveno pregunté al Sr.

Navarro, por teléfono:

- ¿Se fué ya l'homme qui pleure?
Y una voz que sospecho no sería la del Sr. Navarro, por lo gaugosa, me respondió:
- Ya se fué con l'homme qui vende.
